

Homenaje a Héctor Azar

La Jornada
de Oriente

Perfil

MARTES 11 DE MAYO DE 2010

MARTES 11 DE MAYO DE 2010

■ A 10 años de su muerte, es una figura fundacional de la historia del teatro mexicano

Polémico, temperamental, pero generoso, así se le recuerda al maestro Héctor Azar

■ Fue piedra angular para el desarrollo moderno del teatro de la nación, y eso lo consiguió por esa extraña personalidad; sin ella no lo hubiera logrado, considera Ricardo Pérez Quitt

■ YADIRA LLAVEN

Héctor Azar (Atlixco, Puebla, 1930–2000) reunía en torno a su persona y obra una enorme cantidad de mundos y pasiones culturales: la literatura española, con especial oído para los clásicos del Siglo de Oro, y francesa, por sus estudios universitarios; la gastronomía libanesa, por aquello de que la sangre llama; un don único de la conversación y la anfitriónía como formas de la cultura mediterránea; el amor por la ciudad de México y sus barrios, de los que dejó páginas memorables; el conocimiento profundo del arte, la gente y la gastronomía poblana; no en balde es hijo privilegiado en Atlixco y fue secretario de Cultura en el estado; sin embargo, su pasión verdadera fue el teatro.

Por ello, cuando se habla de la historia del teatro mexicano, una figura fundacional es el maestro, director y dramaturgo, quien siempre pensó en el hecho escénico como “un acto político” y de “cohesión social”.

Era un hombre polémico con fama de tener un duro temperamento y mal carácter; no obstante, existen allegados al creador escénico poblano que matizan esa percepción, como el poeta y escritor Alejandro Aura, quien lo recordaba como “un hombre excepcional en una armadura de ogro”, pero en el fondo un gran amigo y maestro.

Como ejemplo del temple y la personalidad de Héctor Azar, cuando éste tenía 38 años de edad, Alejandro Aura, tras el fallecimiento del dramaturgo, recordó: “o sea que también el ogro era mortal. El que inspiraba tanto miedo, ante el que no nos atrevíamos a hacer circular la sangre por el rostro, el que apabullaba con su gesto de autoridad”.

“Ogro filantrópico, acepción de la que el maestro Azar aceptaba sólo el adjetivo”, escribió en su momento la escritora Luisa Bonilla.

Amén de su carácter, lo que sin duda fue su mayor pasión fue haber dejado la fundación de importantes y diversas instituciones teatrales, así como una amplia obra teatral y un legado histriónico

“Trajo a Atlixco a Pellicer y Novo”

“Yo era muy chavo cuando conocí al maestro Azar. Creo que estaba en la primaria, y lo recuerdo muy bien porque trajo al cabildo de Atlixco a Carlos Pellicer y a Salvador Novo”.

“Era muy difícil, creo que eso es característico de la personalidad árabe. Las primeras palabras que cruce con él fue cuando recibí una beca del Centro Mexicano de Escritores para escribir teatro, y el maestro Azar fue mi asesor”, expuso el dramaturgo, crítico e investigador teatral Ricardo Pérez Quitt.

no. Es piedra angular para el desarrollo moderno del teatro de la nación, y eso lo consiguió por esa personalidad tan extraña, porque sin ella no lo hubiera logrado”.

“Muchas veces me invitó a su casa, a donde recalcaba ‘solamente entran sus amigos’. Entiendo que me lo manifestó en términos amables”.

Como anécdota relató que en el Teatro Principal se acercó a saludarlo, pero cuando se dio cuenta de que los dos llevaban el mismo modelo de zapatos, tan socorridos a principios de la década de los 80, se inhibió y decidió retirarse; sin embargo, luego de analizar el punto, decidió regresarse

lo tienen muy olvidado”.

“El maestro ha sido una persona incomprendida, y aunque su dramaturgia no es totalmente de mi gusto, abrió nuevos derroteros que rompió con el teatro tradicional y paisajista: su gran mérito”.

“Nunca fue egoísta del conocimiento”

“Fue un hombre que nos compartió toda su experiencia. Una de las ventajas de tenerlo tan cercano es que el maestro, además de toda su generosidad, gentileza y solidaridad, fue una persona que no se guardó nada para sus

“Así como te abría las puertas de su casa y su corazón, como te compartía los alimentos, en la parte académica te daba todas las herramientas de su conocimiento acumulado”.

“Nos transmitió la pasión por los clásicos. Ahora en sus alumnos se ve la semilla que sembró, que poco a poco va fructificando; por eso debemos valorar a nuestros artistas y cimientos, en este caso, del teatro poblano”.

Esa generación de la que habla Ruiz estuvo encabezada por Marko Castillo y Víctor Puebla, ambos fallecidos. También por Maricarmen Díaz, Rodolfo García, Gerson Andrade, Aída Andrade y Marco Polo Rodríguez.

“Era un monstruo en la escena”

Para Marco Polo, ex alumno y fundador de la Compañía Independiente de la Diversidad Sexual “Lenguas Prietas”, su encuentro con Azar definió y cimentó su pasión por el teatro. “Me inspiró personalmente para la dirección escénica y la dramaturgia”.

“Fue mi primer maestro de teatro. Apenas tenía 16 años de edad. Lo conocí en 1992, en lo que fue el Cadac, cuando se encontraba en el bello y noble, pero histórico barrio de El Alto, como él le decía”.

“Bajo su dirección formé parte de *Entre telones de Puebla* y *Sainetes poblanos*, de Eduardo Llorente Azcaray”.

“Si bien es cierto que en sus clases era muy exigente, desde la puntualidad, disciplina y disposición, también era generoso con el conocimiento. Era un monstruo de la escena”.

Cuando estuvo al frente de la Secretaría de Cultura “me llamó para dar talleres en la Casa de Cultura Étnica del Sur, donde el proyecto principal era generar en comunidades procesos artísticos”.

Como funcionario, consideró Rodríguez, “el maestro Azar logró impulsar el teatro en todos sus sentidos, desde el escolar, independiente... siendo su mayor acierto los ciclos de miércoles de la búsqueda teatral, la Muestra de Teatro Poblano, que tenían otro impacto y reconocimiento y, por supuesto, la creación de la Compañía de Teatro del Estado de Puebla”.

—¿Una experiencia personal?
—En una ocasión me llamó a su oficina y me preguntó si realmente quería hacer teatro como forma de vida. Si sabía que eso implicaba desafiar a la sociedad y a la familia, y que el teatro exigía compromiso, disposición y disciplina. Desde ese momento, vivo el teatro así, todos los días.



Héctor Azar (Atlixco, Puebla, 1930–2000) ■ Foto Abraham Paredes

El director de la revista *Autores*, teoría y práctica teatral, quien también es oriundo del municipio de Atlixco, recuerda ese primer encuentro con Azar más por su desbordante talento que por su “extraño” carácter.

“Hace unos lustros lo encontré mucho más difícil, pero con una gran iniciativa para el cambio estructural del teatro mexica-

y hacerle el comentario: “maestro no sólo es de Atlixco como lo soy yo, sino también me anda copiando los zapatos”, cosa que le causó sonora carcajada.

“Él pudo haber sido mi padre o tal vez mi abuelo; siempre se le vio con respeto”.

A propósito de su aniversario luctuoso, comentó: “qué bueno que lo van a recordar, porque

estudiantes; es decir, nunca fue egoísta del conocimiento, a él lo que le interesaba era transmitirlo”, rememoró la actriz y directora de teatro Elvira Ruiz, quien perteneció a la primera generación de la licenciatura en Teatro de la Universidad de las Américas (UDLA), donde tuvo el privilegio de contar con el maestro Azar como uno de sus docentes principales.

El maestro Azar

AURELIO FERNÁNDEZ F.

Si tu amigo, Héctor, es una profesión... decía la pintora Carmen Parra al dramaturgo atliscense cada vez que le insistía para que fuera a alguna de las muchas actividades que realizaba. Pero siempre iba, o casi siempre. Azar abarcaba todo el espacio disponible, no dejaba huecos; por eso le gustaba tanto ser barroco, como la arquitectura poblana, como los dulces libaneses. Las aportaciones de Héctor a la literatura y a la cultura mexicana son enormes; su producción es vastísima, densa y abigarrada como él, pero fincada siempre en una realidad que lo laceraba por algunas cosas y lo enaltecía por otras.

El mejor espectáculo es siempre la gente, nos decía con frecuencia este hombre, que era el espectáculo mismo. En la esquina del portal Hidalgo estaba una vez disfrutando la luz de la Puebla que se descubre entre los árboles del zócalo, mientras unos comensales que lo veían desde el interior de restorán reían por la indumentaria del maestro: un saco palmeado, una corbata y una camisa de colores indescifrables, combinadas con un pants azul marino que tenía las valencianas ceñidas a los tobillos gracias a unos elásticos, y sus incombustibles zapatos flexi de gamuza. Azar se dio cuenta y los encaró: ¿de qué se ríen?, espetó a través del vidrio con los ademanes suficientes, y los integrantes de la familia que comía dentro nomás bajaron los ojos y se mordieron los labios.

Un día te daba un libro que había escrito no sabías a qué hora porque a la Secretaría de Cultura le dedicaba todo el tiempo que uno pueda imaginar, y te soltaba el consabido: "te lo doy para que lo tengas, no para que lo leas". Los textos del atlisquense ("¿por qué no nos vamos a decir así también?", sostenía) abarcan multitud de géneros; la dramaturgia, desde luego, pero también el cuento, la novela, el ensayo, la crónica, el artículo periodístico. Era un cronista formidable, también oralmente. Recuerdo vívidamente sus narraciones de las carpas de Tacuba, cuando "Zavala, el comediante de las familias", como dice que se hacía llamar aquel travesti, imitaba a María Félix con singular maestría, hasta que un día la propia diva fue a la carpa a ver actuar a su imitador, "hasta que quedaron frente a frente —contaba Azar con vehemencia— y uno parecía decirle a la otra:

ya ves, puedo ser tú; y la otra retaba con la ceja alzada: nunca serás la verdadera María Félix". O sobre los amoríos de la propia María, uno de ellos con un pretendiente insistente al máximo, que una y otra vez era rechazado por ella, hasta que no pudo más y le dio este "sí" condicionado: "está bien, seré tuya, pero guárdate de pedirme que te quiera".

Azar dejó en quienes tuvimos el privilegio de estar cerca de él un enorme legado: ejemplo de sensibilidad extraordinaria, de actividad febril, de pasión ilimitada, de cultura por los poros, y de frases inolvidables. "Veo con preocupación que puedes vivir sin mí", decía cuando pasaba un tiempo sin verte. Todavía jugamos con esa frase, con enorme gusto, quienes se la oímos decir. "Ustedes, los de la izquierda querulante, no entienden nada". ¿Izquierda querulante, qué es eso? "Está clarísimo, siempre están en la querrela, en la querulancia..." Bueno, por algo fue miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua.

Supe a ciencia cierta sobre Héctor Azar en 1971, cuando mi compañera de la Escuela de Economía de la UNAM Elma Goddiener me habló de su obra. "Además es poblano, de Atlixco; mi hermana Eloísa acaba de ir con él por las calles de esa ciudad haciendo una manifestación teatral, con vestuario medieval y tambores". Tuvieron que pasar 20 años de aquello para que lo conociera personalmente. Everardo Rivera me dijo que el maestro me invitaba a su casa de Atlixco a ver las obras de restauración del ex convento franciscano ubicado en el cerro de San Miguel. Fue una reunión memorable para mí, en la que compartí una tarde extraordinaria en primer lugar con el anfitrión, pero también con Fernando Benítez —quien el año anterior había presentado en Puebla *La Jornada de Oriente*—, el arquitecto Sergio Zaldívar, con quien a partir de entonces desarrollé una gran amistad, el historiador Efraín Castro y el propio Everardo.

Conviví con Azar nueve años. Conocí a su familia y él me incorporaba a ella en muchas ocasiones. Aún conservo mucho

cariño por ellos y una relación excelente, sobre todo con Carlos, que —aunque Ceci y Paco son excelentes profesionistas— es el heredero de la mayor vocación literaria de su padre. A Héctor lo vi desarrollar su trabajo como verdadero creador de la Secretaría de Cultura y de una estructura programática de ella que en esencia se conserva hasta ahora, especialmente en lo que respecta al Festival Palafoxiano, hoy Festival Internacional de Puebla. Lo vi edificar un grupo fiel de amigos verdaderos y una estela de enemigos; en él no cabían las medias tintas. Lo vi construir el Cadac el Alfarero en El Alto —y con ello dignificar aceleradamente ese barrio entonces presa de la delincuencia y el abandono—, edificio hoy entristecido en poder del gobierno estatal; lo vi ensanchar el Cadac Atlixco, vuelto hoy oficina burocrática por el gobierno municipal. Lo vi escribir artículos, libros, montón de textos; recibir

una distinción tras otra, crear todos los días.

Un día empezó a regalarnos muchas cosas (muchedumbre de cosas, habría dicho él), y nos extrañó. A la par nos avisó que el 11 de mayo lo operarían del corazón, pero aunque nos dijo claramente que el problema era grave, su actitud era tan serena que no imaginamos lo que sucedería. Me sacudió la llamada telefónica que me avisó que había muerto en el quirófano, y la amiga que la hizo lamenta aún haberla hecho. Conservo todo lo que entonces me regaló: decenas de libros; un auténtico sombrero panamá enrollado en su caja de madera; la botella retorcida de *Chateaufort du Pape*; las botellitas muestra de rompopo de Santa Clara, y a la estatua de bronce de Stalin con una tarjetita que dice "de Kropotkin para Bakunin" la puse en un nicho en la pared y le hice construir una puertita con llave.

Azar se propuso estampar una marca de fuego en sus amigos y conmigo lo logró. Debería saber mi querido Héctor, que sí, que puedo vivir sin él porque siempre lo llevo conmigo.



Aurelio Fernández, Fernando Benítez —de capa chistera—, Efraín Castro, Héctor Azar y Sergio Zaldívar en el Cadac Atlixco, febrero de 1991 ■ Foto Everardo Rivera



En la imagen, Héctor Azar y Elena Garro ■ Foto Abraham Paredes

Desconcierto ante la muerte de Héctor Azar*

O sea que también el ogro era mortal.
El que nos inspiraba tanto miedo,
ante el que no nos atrevíamos a hacer circular la sangre por el rostro,
el que nos apabullaba con su gesto de autoridad
—una vez, en el 68, afuera del Foro Isabelino, se subió a un camión
de agentes judiciales que habían retenido a unos de nosotros
y con sólo su solemne magistratura sometió a los guaruras
y rescató a los nuestros—,
pero resultó mortal.

Yo creía que era un roble, uno de esos árboles duros que no se caen,
pero veo, con el azoro de la noticia, que todos somos de condición igual.

El que me decía poeta con una gentileza contradictoria que lo emocionaba,
que le daba luz,
que apuntaba deudas impagables de réditos irascibles que trastornaban su sueño,
resultó mortal,
contra todo lo que yo hubiera previsto.
Qué me queda. De qué puedo vanagloriarme.

*DEL POETA Y DRAMATURGO ALEJANDRO AURA

El hombre de teatro

HABLA JOSÉ LUIS IBÁÑEZ, DRAMATURGO
Y CATEDRÁTICO UNIVERSITARIO

EL DESPEGUE. Uno de los primeros grupos teatrales que Héctor formó y dirigió fue el de la preparatoria de Coapa, con el cual obtuvo un premio en Nancy, Francia, con *Divinas palabras*, de Valle Inclán. Eran los primeros años sesenta, y ya manejaba todo el teatro de la UNAM; a poco de eso lo nombraron director del departamento de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). Hacia 1966 yo, universitario también, tenía a cargo la Casa del Lago, en donde hacía docencia y teatro experimental. Estábamos destacando bastante, y el acercamiento se hizo inevitable. Héctor me invitó a colaborar con él en el INBA, y nuestro trabajo conjunto se fue intensificando. Cuando el ISSSTE, mediante un intercambio, cedió un espacio teatral al INBA, acondicionamos allí lo que sería el teatro Julio Jiménez Rueda, y me tocó dirigir la puesta en escena inaugural, *Mudarse por mejorarse*, de Juan Ruiz de Alarcón. Actuaron Julissa y Rita Macedo, su mamá, con quien llevaba yo muy buena amistad.

COLEGAS Y COLABORADORES. Considero el período 1964-68 el de colaboración más intensa entre Héctor y yo. Nos identificamos muy bien, y se acrecentó nuestra cercanía, la confianza y el conocimiento mutuos. El Centro Universitario de Teatro (CUT) aglutinaba todo el espectro teatral de la UNAM, incluidas las prepas. Allí nos dedicábamos indistintamente a la enseñanza y la práctica teatral. Considero que el CUT reflejaba en aquella época la personalidad polidéctica de Héctor Azar. Todo lo hacía con un gran brillo natural.

El final de esa etapa llegó con los sucesos de 1968, año que había empezado muy bien para nosotros gracias a la Olimpiada Cultural, un proyecto con pleno apoyo estatal para el que se nos requirió de inmediato; pero una mañana, en el verano del 68, al llegar al CUT, Héctor lo encontró ocupado. Aprovechando la coyuntura política, los integrantes del Grupo Cleta se habían apoderado del recinto y no lo dejaron ni entrar. Ya no pudo recuperarlo ni volvería allí nunca más.

APARECIÓ ENTONCES EL AZAR
TENAZ Y LLENO DE BRÍO, DE CORAJE,
CUALIDADES QUE EN
REALIDAD LO HABÍAN
CARACTERIZADO SIEMPRE

OTROS TIEMPOS, OTROS ÁMBITOS. Apareció entonces el Azar tenaz y lleno de brío, de coraje, cualidades que en realidad lo habían caracterizado siempre. Moviéndose cielo y tierra, y pronto tenía armado un nuevo proyecto en el Foro Isabelino, como él mismo le puso. Allí se confirmó, una vez más, como un gran aglutinador de talentos teatrales, que afortunadamente abundaban.

Por mi parte —recuerda José Luis Ibáñez—, yo me encontré con otro tipo de requerimientos, procedentes de empresas privadas. Pude hacer cine, y desde 1971 hasta el final del siglo XX, Silvia Pinal me encomendó dirigir sus comedias musicales del Teatro Insurgentes, experiencia que me enriqueció enormemente. Con el tiempo, Héctor encauzaría también sus actividades hacia la iniciativa privada, producto de lo cual sería su Cadac de Coyoacán, que nos permitiría entrar nuevamente en colaboración profesional.

Cuando Héctor murió, en mayo de 2000, infortunadamente no pude acompañarlo porque estaba en Jerusalén, trabajando en un intercambio para la Universidad Hebrea, pero no fue el fin de aquella amistad iniciada en 1958, porque seguiría cercano a la familia Azar, y posteriormente Carlos, que ya estaba a cargo del Cadac en vida de su padre, me invitó a colaborar con él, cosa que hago con mucho gusto hasta la fecha.

METÁFORA. Hemos pedido a José Luis Ibáñez un juicio sobre la generación que tanto brillo dió a la escena nacional en la segunda mitad del siglo XX, generación a la que pertenece, junto con Héctor Azar y no pocos hombres y mujeres de gran talento para las diversas funciones y oficios del arte dramático. Pero el maestro prefiere reservarse su opinión, encomiable actitud que explica con estas palabras:

“No creo ser el indicado para calificar ni mucho menos evaluar ese período de la vida teatral en México. Para eso están los estudiosos en la materia. Cada época es como un avión en el que nos toca viajar a todos los involucrados, independientemente de los méritos y cualidades de cada quien. Somos simples pasajeros, así como cuando subimos a un avión no estamos capacitados para explicar por qué vuela, asimismo quien vivió una época, mejor o peor, es el menos indicado para juzgarla y juzgar el papel que le haya tocado desempeñar en ella.

“Pero no puedo dejar de destacar la polidéctica personalidad de Héctor Azar, uno de los grandes del teatro en México”.

HORACIO REIBA

► Mi padre

CARLOS AZAR

Dudo que esté en las sagradas escrituras, pero tengo entendido que hay un mandamiento, me parece que es el número 13, que dice: “no harás crítica literaria de tu padre o de tu madre”. Así, y aunque constituyo un amplio y ancho catálogo de concepciones erradas, puedo afirmar que me comportaré como un buen ciudadano y no haré crítica literaria con mi padre.

Lo pensé, para qué negarlo. He hablado tantas veces de mi padre en estos últimos años, he recorrido tantos caminos posibles, desde el inconcluso libro de versos que no terminé de hacer has-

ta un incendiario discurso contra las amnesias de un pobre secretario de Cultura, que cuando Horacio Reiba me pidió que escribiera este texto pensé en abordar dicho camino y sorprender a los lectores de *La Jornada de Oriente* con mi profesionalismo implacable, especulando con glosar sus libros, comentarlos y citarlos para que así se dieran cuenta de que sí, en efecto, un hijo lee a su padre. Pero no, lo descarté, resultaría artificioso e innecesario porque otros, sin lugar a dudas, lo harán mejor que yo.

Pensé también en tomar otro atajo y hablar de la presencia del

padre en la literatura. Elegante desviación que me permitiría hablar de *Hamlet*, en primer lugar, y del conocimiento que mi padre tenía de Shakespeare; después de Kafka y, finalmente, penetrar en mucha de la literatura reciente que es una literatura familiar, una reflexión sobre las raíces. Pero desistí nuevamente, no sólo porque me pareció una opción aun más artificiosa que la primera y más demandante en términos de un talento que no tengo, sino porque sería muy aburrida.

Así que optaré por un camino, digamos, intermedio. Hablaré desde el afecto, desde la constantemente irritante primera persona, amparado en el hecho de que para eso se me convocó, en calidad de hijo, y mi aproximación a su teatralidad será así.

Amarrado por un alambre eléctrico, empezaré por Atlixco, porque por Atlixco empezó él. Ciudad para poetas, para teatreros. Atlixco es, acaso, lo más espiritual de esa espiritual población, espíritu a su vez de México entero; paisaje del Renacimiento, Atlixco fue el escenario inicial de la teatralidad de mi padre. Dio el rumor del valle como un adjetivo y nos puso el cerro y sus habitantes como en una fragata y sus sombras en las niñas de nuestros ojos que todavía, de vez en cuando, se siguen pintando de rojo. Merece su nombre rojo recordarlo en sus múltiples direcciones esenciales con sus terribles dolores del corazón, su incertidumbre incandescente, su descenso a los hospitales del infierno, su subida a los castillos de la fama, sus atributos de teatrero grande, desde entonces y para siempre, e imprescindible.



Uno de los primeros grupos teatrales que el maestro formó y dirigió fue el de la preparatoria de Coapa, con el cual obtuvo un premio en Nancy, Francia ■ Foto Abraham Paredes

► Mi relación con Héctor Azar

JUAN VILLORO

Mi relación con Héctor Azar es eminentemente familiar. Mi madre es psicóloga, pero también estudió Letras, y Héctor le encargó que dirigiera el Centro de Teatro Infantil, en la ciudad de México. Ahí hice mis pinitos como actor, y vi por primera vez obras de teatro. Fue un maravilloso espacio de sensibilización para mucha gente de mi generación. Entre mis compañeros estaban Jaime Nualart, que llegó a actuar en el teatro Noh de Japón y actualmente es embajador en la India, los hermanos Bermejo, los Toussaint, que son músicos de primera fila. Años después, resultó natural que viéramos las puestas de Azar en el Foro Isabelino. Recuerdo espléndidos montajes de Ionesco y Calderón. Una vez fui a su casa en Atlixco, donde se ubica la inolvidable “Olimpica”. El ingenio, el sentido del humor, el feroz apego a la cultura de Azar, fueron sellos extraordinarios. El primer trabajo remunerado que tuve en mi vida fue en el Teatro Comonfort, que dependía de Héctor. Yo tenía 16 años y participé en *Crisol*, obra de creación colectiva inspirada en *El juego que todos jugamos*, de Jodorowsky. Héctor confió en nosotros y nos contrató. Nos daban un sobrecito en

papel manila donde tintineaban monedas (ganábamos poco, pero ningún salario me supo mejor que ése).

Volví a verlo en una reunión de la Sogem y me dijo: “veo que ya le entraste al tianguis y abriste tu puesto de verduras”, con este humor comentó mi debut literario. Fui testigo de su incansable actividad como secretario de Cultura en Puebla. Cuando dirigí *La Jornada Semanal*, entré en contacto con su hijo Carlos Azar Manzur, que se convirtió en colaborador de hierro, pero las afinidades electivas no se detienen ahí: Inés, mi hija de 10 años, estudia en Cadac. Ha participado en tres puestas en escena magníficas. Sus maestras, discípulas de Azar, continúan el impulso del maestro. Hace unos días, Carlos celebró su cumpleaños en casa de sus padres. Fui con mi hija. Inés estaba emocionadísima; para ella, Héctor representa, simple y sencillamente, el Teatro, como lo representó para mí de niño. Cuando llegamos pidió permiso para recorrer la casa, como si estuviera en el museo de Molière o Shakespeare.

Es mucho lo que le debemos a Héctor, y no dejamos de recordarlo.

El teatro mexicano de hoy es Héctor Azar

MARÍA LUISA "LA CHINA" MENDOZA

Viñetas pergeñadas entre el enorme dolor no roto, de la pérdida de mi amigo, mi otro hermago (de amigo y hermano), con el cual viví una parte jugosa de mi vida, con esa pasión sólo posible entre un poblano y una guanajuatense. Discusión que no pleito. Enojo y también ira, suave silencio y detrás de los telones el sí y el no, para luego la entrega a los conocimientos, de él para mí.

“ERA UN REY ESCRIBIENDO
TEATRO, UN POETA DE
GRANDES VUELOS, UN
DIRECTOR RIGUROSO Y
APARENTEMENTE ENOJADO,
UN AMIGO LLENO DE BONDAD”

Le dediqué mi primera novela. Me casó en Atlixco, en su huerta *La Apasionata*. Coincidimos en Nueva York y nos fuimos pasear a Central Park antes de que en la indignación me levantara en andas de dos butacas geniales conseguidas por mí en el mejor teatro de Manhattan y saliéramos en mitad del primer acto de una comedia encantadora con Paul Newman, su mujer y un perro maravilloso, que le pareció el colmo del atrevimiento por hacerlo perder su tiempo en la gran manzana viendo idioteces.

Lloré, cuando fue al Teatro Nacional a escenificar la obra de Valle Inclán, *Divinas Palabras*, triunfadora plena en Nancy,

Francia, yo los acompañé como agregada de prensa en su regreso grandioso a Europa, y asistí a Varsovia, Polonia, a la misma

Nancy, y por fin a París, siempre con teatro lleno... *Divinas Palabras*.

Cuando lo vi por primera vez estaba pa-



En la imagen, el ex secretario de Cultura, quien se caracterizó por ser un hombre polémico y temperamental, famoso por su explosivo carácter ■ Foto Abraham Paredes

rado bajo el dintel de la puerta de mi casa de la calle de Dinamarca, y traía un suéter que le tejó su hermana Guadalupe. Un día llegó por mí manejando un impresionante auto Hispanic del tiempo de Edith Piaf y Jacques Brel; rojo cacharro, chaparro, daba no sé qué meterse en él. Allí casi dio a luz Rosario Castellanos.

Luego se casó con Mariquita (“¡Súculeta!” decía) y tuvieron sus tres hijototes, grandototes, inteligentotes, que le producían un orgullo mayor a Héctor. No podía con tantísimo amor.

Lo vi dar las gracias en el teatro de Coapa, con matorrales y un muro mágico. En El Caballito muchas veces. En lo que fue El Eco junto al Monumento a la Madre. En Bellas Artes al final, cuando ya era muy famoso y todos lo amábamos. Miguel Sabido, Carlos Bracho, Marta Zabaleta, los hermanos Bichir, Carmen Parra.

Era un rey escribiendo teatro, un poeta de grandes vuelos, un director riguroso y aparentemente enojado, un amigo lleno de bondad; es verdad... me llevó al neurólogo casi coja cuando tuve un accidente quirúrgico. Nos queríamos, peleábamos.

Un día amaneció delgadísimo. Se lo dije. Se molestó. Era la muerte. Eduardo Césarman, el cardiólogo, su hermano, nunca lo dejó de su mano. Se le escapó en un *mutis*, digo.

Imposible olvidar a Héctor Azar. Significó la marca, el registro de nuestras vidas. El antes y el ahora. Ahora ya no está, pero si somos justos es el teatro actual, él fincó la diferencia, él levantó la catedral, él puso la campana en la torre y la estrella en el árbol. Éste es otro homenaje. Del millón que faltan.

Gran atliscense y gran señor

HABLA RICARDO PÉREZ QUITT, DRAMATURGO

Yo era muy chavo cuando conocí al maestro Azar. Creo que estaba en la primaria. Y lo recuerdo muy bien porque trajo al cabildo de Atlixco, donde nacimos ambos, a Carlos Pellicer y a Salvador Novo, dos grandes de las letras mexicanas.

Las primeras palabras que cruce con él fue cuando recibí una beca del Centro Mexicano de Escritores para escribir teatro, y el maestro Azar fue mi asesor.

Azar reunía en torno a su persona y obra una enorme cantidad de mundos y pasiones culturales: la literatura española, con especial oído para los clásicos del Siglo de Oro, y la francesa, por sus estudios universitarios; la gastronomía libanesa, por aquello de que la sangre llama; un don único de la conversación y la anfitriónía, como formas de la cultura mediterránea; el amor por la ciudad de México y sus barrios, de los que dejó páginas memorables; el conocimiento profundo del arte, la gente y la gastronomía poblana, no en balde es hijo privilegiado en Atlixco y fue secretario de cultura en el estado.

Recuerdo que una vez, en en teatro principal, me acerqué a saludarlo, pero al darme cuenta que los dos llevábamos el mismo modelo de zapatos me inhibí por completo y quise retirarme, pero en eso él se dio cuenta y se adelantó a saludarme. Cuando le dije algo así como que no sólo éramos paisanos, sino además usábamos el mismo modelo de zapatos, su respuesta fue una sonora carcajada. Él pudo haber sido mi padre o tal vez mi abuelo; siempre le tuve esa clase de respeto.

Héctor Azar era un hombre polémico y temperamental, famoso por su explosivo carácter. No obstante, existen allegados que matizan esa percepción, como el poeta y escritor Alejandro Aura, quien lo recordaba como “un hombre excepcional en una armadura de ogro”, pero en el fondo un gran amigo y maestro. Tras el fallecimiento del dramaturgo, Aura recordó: “O sea que también el ogro era mortal. El que inspiraba tanto miedo, ante el que no nos atrevíamos a hacer circular la sangre por el rostro, el que apabullaba con su gesto de autoridad”.

Cuando se habla de la historia del teatro mexicano, una figura fundamental es el maestro, director y dramaturgo, quien siempre pensó en el hecho escénico como “un acto político” y de “cohesión social”.

YADIRA LLAVEN

El amigo

HABLA CARLOS PELLICER LÓPEZ, PINTOR

Héctor Azar había sido discípulo de mi tío Carlos (Pellicer Cámara, el gran poeta tabasqueño) en la escuela preparatoria. Lo conocí por mi padre (Juan Pellicer Cámara, otro personaje irreplicable de la vida capitalina de mediados del siglo pasado en su condición de abogado, funcionario y escritor taurino), con quien llevaba una gran amistad. No olvidó su consternación y atenciones cuando papá murió, en 1970. Para entonces ya era Azar uno de los dramaturgos más talentosos, activos y reconocidos de México.

MAESTRO DE LA AMISTAD. ¿Cómo se manifestó la generosa amistad de Héctor a través de los años? Recuerdo que una vez me invitó a ver los ensayos de Espacio 15, uno de los muchos grupos que creó. Una invitación así era algo rarísimo que los directores de teatro nunca acostumbraban hacer, y además acabábamos de conocernos: para mí fue un verdadero honor.

Por lo demás, Héctor era un gran anfitrión. Inolvidables las comidas en su casa, no sólo por el lujo sibarita que nos hacía saborear a sus invitados, sino porque Azar era un genio del humor y un maestro de la palabra: hablaba de todo, tenía siempre el dato preciso y la anécdota oportuna a propósito de cualquier tema, asunto o personaje. Chispeante, agudo, juguetón. Y además muy leal, seguía siendo el mismo cualquiera que fuese la situación de de las personas de su afecto.

Gracias a Azar y sus invitaciones a casa y al teatro, pude conocer a otros amigos inolvidables, como Luis y Lya Cardoza. O el padre Carlos Martínez, carmelita, un cura cultísimo y con una espiritualidad muy profunda, gran tipo como tantos de los que Héctor se supo rodear.

SECRETARIO DE CULTURA. De su gestión como secretario de Cultura en Puebla recuerdo que un mes de diciembre me pidió llevar el nacimiento que ponía mi tío Carlos en su casa de Coyoacán cada fin de año, y que era famoso en México. Lo instalamos en la Biblioteca Palafoxiana y a la gente le encantó. En otra ocasión me invitó a montar una exposición de obra pictórica mía allá, en Puebla. Tampoco olvidó su hospitalaria casa en Atlixco, el teatro *Octagón*, y por supuesto, el Cadac poblano que acondicionó en El Alto.

CONTINUIDAD DEL AFECTO. Hoy día, tengo el grandísimo gusto de continuar la amistad con el maestro a través de Toni, su esposa, y de sus hijos Cecilia, Carlos y Paco, sobre cuyos talentos y gentilezas indudablemente se proyecta la sombra colosal de Héctor. Nuestras familias nos queremos mucho y nos vemos con frecuencia.

Para mí, Héctor Azar fue un amigo como no hay dos. Vive en mí como en su casa, como un tesoro de mi memoria.

HORACIO REIBA